

— Si, señores, tenéis razón, repuso Pontcalec; mas yo también la tenía en creer la predicción, porque se cumplirá como las demás. Sólo que esta vez me rindo, y confieso que estamos perdidos.

Y por un movimiento espontáneo, los cuatro infelices se abrazaron elevando sus súplicas á Dios.

— ¿Qué mandáis? preguntó el ejecutor.

— Que es inútil atar las manos á estos caballeros, si dan su palabra de honor de no intentar la fuga; son soldados y caballeros.

XXXV

El drama de Nantes

Entretanto Gastón corría por el camino de Nantes, dejando detrás de si al postillón, encargado entonces, del mismo modo que ahora, de contener los caballos en vez de instigarlos á andar según requerían las circunstancias. Con todo, á pesar de estas dos fuerzas contrarias, hacia tres leguas por hora: así había atravesado Sevres y Versailles.

Al llegar á Rambouillet empezaba á rayar el alba, y vió al maestro de postas y á los postillones ocupados en sangrar un caballo á toda prisa. El animal se hallaba tendido en medio de la calle, y respiraba con dificultad.

Ni el caballo, ni el maestro de postas, ni los postillones llamaron la atención del joven caballero. Pero al tiempo de ensillar el suyo, oyó decir á uno de los asistentes:

— Al paso que va reventará algunos más desde aquí á Nantes.

Gastón iba á emprender de nuevo su viaje, pero herido de pronto por una terrible idea, se detuvo

é indicó al maestro de postas que deseaba hablarle.

Éste se acercó.

— ¿Ocurre algo de particular? preguntó Gastón; á buen paso habrán ido cuando han puesto en tal estado á ese pobre animal.

— Es un correo del ministerio, respondió el maestro de postas.

— ¡ Un correo del ministerio! exclamó el joven; ¿y venia de París?

— Cabalmente.

— ¿Cuánto tiempo hace poco más ó menos que ha pasado?

— Habrá unas dos horas escasas.

Gastón lanzó un grito sordo muy semejante á un gemido. Él conocia á Dubois... Dubois, que se le habia presentado oculto bajo el disfraz de la Jonquiere. Entonces recordó los buenos deseos del ministro y se asustó. ¿Por qué aquel correo despachado con tanta prisa justamente dos horas antes que él?

— ¡ Oh! sí; ¡ yo era demasiado dichoso, pensó Gastón, y Elena tenia razón al decirme que presentia alguna gran desgracia! ¡ Oh! ¡ yo alcanzaré á ese correo, sabré las nuevas de que es portador, ó perderé la existencia! Hecha esta reflexión, partió como una flecha.

Pero con todas aquellas dudas y preguntas, habia perdido diez minutos, de suerte que al llegar á la primera posta seguía siempre con dos horas de

retraso. Esta vez el caballo del correo habia resistido, siendo el de Gastón el que se hallaba próximo á caer. El maestro de postas quiso hacerle algunas observaciones, mas Gastón dejó caer dos ó tres luses, y salió al galope.

Al llegar á la posta inmediata llevaba ganados algunos minutos. El correo que le precedía no disminuía su carrera; Gastón opresuraba la suya. He aqui todo. Esta espantosa rapidez servia para aumentar la desconfianza y la fiebre del joven caballero.

— Sí, sí, dijo; llegaré al mismo tiempo que él, si no consigo adelantarle. Y redoblaba su carrera, y espoleaba á su caballo, que á cada posta se detenía bañado en sudor y sangre, cuando no caía. En todas las paradas tenia noticias de que el correo habia pasado casi con tanta rapidez como él; mas sin embargo, el caballero iba ganando siempre algunos minutos, lo cual sostenia sus fuerzas.

Los postillones á quienes dejaba en pos de sí se compadecian de aquel hermoso joven de pálida frente y brillantes ojos, que corria sin tomar reposo ni alimento, cubierto todo de sudor, á pesar del frio penetrante que se dejaba sentir, y el cual no pronunciaba más que estas palabras:

— ¡ Un caballo! ¡ un caballo, pronto!

En efecto, aniquilado, sin más fuerzas que las del corazón, enervado por la rapidez de su carrera y el sentimiento del peligro, Gastón sintió que se

desvanecía su cabeza; el sudor de sus miembros iba mezclado con sangre.

Ahogado por la sed, bebió un vaso de agua fría en Ancenis. Después de diez y seis horas, era la primera vez que perdía un segundo.

Sin embargo, el correo maldito le llevaba todavía hora y media de adelanto. En ochenta leguas, no había ganado Gastón más que cuarenta ó cincuenta minutos.

La noche se acercaba rápidamente, y el joven, creyendo siempre ver aparecer en dirección del horizonte algún objeto, trataba de atravesar la oscuridad con su mirada sangrienta; avanzaba como en medio de un sueño, pensando oír el doblar de las campanas, el rodar de los cañones y el ruido de los tambores. Llena su cabeza de lúgubres cantos y siniestros rumores, no participaba ya de la humana existencia; su fiebre le sostenía, se elevaba al espacio.

Entretanto continuaba su camino. Por último eran ya las ocho de la noche cuando distinguió á Nantes en lontananza, como una mole en medio de la cual algunas luces brillaban á semejanza de estrellas.

Trató de respirar, y juzgando que era su corbata la que le ahogaba, la desató arrojándola en el camino.

De aquel modo, montado en un caballo negro, embozado en una capa también negra, con la

cabeza descubierta hacia ya algún tiempo, pues su sombrero se le había caído, parecía Gastón á un caballero fantástico volando á su aquelarre.

Al llegar á la puerta de Nantes su caballo cayó, mas no por esto perdió el caballero los estribos; auxiliado de la brida con la cual le dió una violenta sacudida, con la ayuda de las espuelas que le hundió en el vientre, el caballo se levantó.

La noche era oscura, nadie se veía sobre las murallas, los centinelas mismos desaparecían al través de las tinieblas; habiérase dicho que era una ciudad desierta.

Tan poco era el ruido como la gente: ya hemos dicho que Nantes tenía el aspecto de una ciudad desierta; nos equivocamos: Nantes se asemejaba á una ciudad muerta.

No obstante, al atravesar la puerta, un centinela dirigió á Gastón algunas palabras que éste no entendió.

No hizo caso, y continuó su camino.

Al penetrar en la calle del Castillo, su caballo cayó de nuevo, mas esta vez para no volver á levantarse.

¡ Qué le importaba á Gastón entonces, habiendo ya llegado !

Continuó su carrera á pie; tenía sus miembros quebrantados, y sin embargo, no sentía la menor fatiga; llevaba en la mano el papel que estrujaba.

No obstante, una cosa era lo que más le admira-

ba, y era el no encontrar en aquel barrio tan populoso ni una sola persona.

A medida que avanzaba, percibía cierta especie de rumor sordo procedente de la plaza de Bouffay, al pasar por delante de una larga calle cuya extremidad iba á parar á dicha plaza.

Las luces despedían sus destellos, alumbrando un océano de cabezas; mas Gastón pasó: como era en el castillo en donde tenía que hacer, por consiguiente se extinguió la visión.

Finalmente, Gastón divisó el castillo, viendo la puerta que se abría ante él. El centinela colocado sobre el puente levadizo quiso detenerle, pero Gastón, con su orden en la mano, la separó violentamente y entró por el postigo.

Hallábanse algunos hombres conversando tristemente, y uno de ellos enjugaba sus lágrimas.

Gastón lo comprendió todo.

— ¡ La orden de sobreseimiento! ¡ la orden de!....

La voz se ahogó en su garganta; pero los hombres habían comprendido más, pues observaron el desesperado ademán de Gastón.

— ¡ Id pronto! ¡ id pronto! gritaron mostrándole el camino. ¡ Id pronto! y tal vez podáis llegar todavía á tiempo.

Luego de pronunciadas estas palabras, aquellos individuos se dispersaron en todas direcciones.

Gastón prosiguió su camino. Atravesó un corre-

dor, después varios aposentos solitarios, luego un extenso salón, y por último otro corredor.

De lejos, al través de los barrotes de hierro, al resplandor de las antorchas, distinguió aquella gran reunión de gente que anteriormente había entrevisto.

Acababa de atravesar todo el castillo; había llegado á un terraplén; desde allí descubría la explanada, un patíbulo, los hombres, y al rededor una muchedumbre inmensa.

Gastón quiere gritar, y no lo oyen; agita su pañuelo, y nadie lo ve.

Uno de los hombres sube al catafalco: Gastón lanza un grito, y se precipita.

Ha saltado desde el terraplén á la muralla, un centinela intenta detenerle y le derriba; una especie de escalerita conducía á la plaza; por lo tanto descende por ella.

Encontrándose ya abajo, ve delante de sí una barricada hecha con carros, se desliza y ¡pasa por entre las ruedas.

Al otro lado de la barricada vense formados en batalla los granaderos de Saint-Simón. Gastón hace un desesperado esfuerzo, rompe las filas y consigue penetrar en el cuadro. Bien es verdad que los soldados al ver á un hombre pálido, anhelante, y con un papel en la mano, le dejan pasar.

De repente se detiene como herido de un rayo.

¡ Talhouët! ¡ lo ha reconocido! ¡ Talhouët acaba de arrodillarse sobre el catafalco!

— ¡ Deteneos ! ¡ deteneos ! grita el joven con la energía que le presta la desesperación.

Pero al mismo tiempo la cuchilla del ejecutor principal brilla como un relámpago ; en seguida se oye un golpe sordo y apagado, y la multitud experimenta un fuerte estremecimiento.

El grito del caballero de Chanlay se ha mezclado y confundido en el grito general, salido de veinte mil pechos á la vez.

Gastón ha llegado un segundo demasiado tarde ; Talhoüet ha muerto, y cuando levanta los ojos, ve la cabeza de su amigo en la mano del verdugo.

Entonces, con la nobleza propia de su corazón, reflexiona que ya que ha muerto uno deben morir todos, pues que ninguno aceptará un perdón llegado demasiado tarde. Vuelve á fijar la vista sobre el cadalso ; de Couëdic sube á su vez ; de Couëdic va cubierto con una capa negra, lleva la cabeza y el cuello desnudos.

Gastón recuerda que él también viste una capa negra, que su cuello y cabeza están desnudos, y se echa á reir convulsivamente.

Comprende lo que debe hacer, del mismo modo que se ve un paisaje siniestro á la claridad del rayo que se desploma.

Semejante idea es espantosa, mas al propio tiempo sublime.

De Couëdic inclina la cabeza, pero antes de verificarlo grita :

— ¡ He aquí cómo se recompensan los servicios de los soldados fieles ; he aquí cómo vosotros, cobardes bretones, cumplis vuestros juramentos ! »

Dos ayudantes le obligaron á ponerse de rodillas. La cuchilla del verdugo describe un círculo y brilla por segunda vez, rodando el cuerpo de Couëdic hasta torcar el de Talhoüet.

El verdugo recoge la cabeza, la enseña al pueblo, después de lo cual la coloca en uno de los ángulos del cadalso enfrente de la de Talhoüet.

— ¿ Y ahora, á quién toca ? preguntó maese Elmar.

— ¡ Poco importa á quién ! respondió una voz, con tal que el caballero Pontcalec sea el último, por estar así consignado en su sentencia.

— Pues entonces, me corresponde á mí, dijo Montlouis ; y se lanzó al patíbulo con frenético afán.

Mas al llegar á él, se para y se erizan sus cabellos : enfrente hay una ventana, y en ella divisa á su esposa y á sus dos hijos.

— ¡ Montlouis ! ¡ Montlouis ! exclama la desventurada con el desgarrador acento de un corazón destrozado : ¡ Montlouis ! ¡ henos aquí, miranos !

En el instante mismo todas las miradas se dirigen hacia aquella ventana. Soldados, ciudadanos, sacerdotes y verdugos concentran la vista al indicado punto. Aprovechase Gastón de la libertad de muerte que reina en torno suyo, se arroja apresurada-

mente al cadalso asiéndose á la escalera, de la cual sube los primeros escalones.

— ¡ Mi esposa ! ¡ mis hijos ! exclamó Montlouis, torciéndose los brazos de desesperación ; ¡ oh ! ¡ retiraos, tened piedad de mi !

— ¡ Montlouis ! grita su esposa presentándole el menor de sus hijos ; Montlouis, bendice á tus hijos ; ¡ tal vez alguno de ellos te venga más adelante !

— ¡ Adiós, hijos míos ! grita igualmente Montlouis, tendiendo las manos hacia la ventana ; ¡ yo os bendigo !

Esta fúnebre despedida atraviesa las tinieblas, y retumba como un espantoso eco en el corazón de los asistentes.

— ¡ Basta ! dijo Elmar al reo, ¡ basta ! En seguida, volviéndose á sus ayudantes, les dice : Daos prisa, porque de lo contrario el pueblo no nos dejará acabar.

— Tranquilizaos, replicó Montlouis ; aunque el pueblo me salvase, no les sobreviviría.

Esto diciendo, señalaba á sus mutilados compañeros.

— ¡ Ah ! ¡ cuán bien los había juzgado ! exclamó Gastón, que había oído estas últimas palabras. ¡ Montlouis, mártir, ruega por mí !

Montlouis se volvió ; creía haber percibido una voz conocida ; pero acto continuo los verdugos se apoderaron de él, y casi al momento un grito uni-

versal hizo comprender á Gastón que Montlouis había seguido á los demás, y que le llegaba su turno.

Gastón se halló de dos saltos en la cumbre de la escalera, y dirigió desde aquella altura una mirada orgullosa sobre la multitud. En tres ángulos del catafalco se ostentaban las cabezas de Talhouët, de de Couëdic y de Montlouis.

Notóse entonces en el pueblo una emoción extraña. La ejecución de Montlouis, acompañada de las circunstancias que acabamos de referir, había conmovido á la muchedumbre. Toda aquella plaza movable y de la cual salían murmullos é imprecaciones, pareció á Gastón un vasto mar con sus olas agitadas. Al propio tiempo le pasó por la imaginación la idea de que podía ser reconocido, y que su nombre, lanzado de una sola boca, tal vez impediría la ejecución de su designio. Por lo tanto, se arrodilló, y apoderándose del tajo, colocó en él su cabeza.

— ¡ Adiós ! murmuró ; adiós, mi desventurada amiga ; ¡ mi tierna y querida Elena, adiós ! Mi beso nupcial va á costarme la vida, pero dejaré ileso mi honor. ¡ Ay de mí ! el cuarto de hora perdido en tus brazos habrá hecho caer cinco cabezas. ¡ Adiós, Elena ! ¡ Adiós !

Vióse brillar la cuchilla en la mano del verdugo.

— ¡ Y vosotros, amigos míos, perdonadme ! añadió el joven.

En seguida el ejecutor dejó caer el cortante acero, y la noble cabeza del caballero separada del tronco, rodó por el catafalco.

Entonces Elmar la cogió y la mostró al pueblo.

Pero en el momento mismo surgió de entre la multitud un fuerte murmullo; nadie había reconocido en la última cabeza la de Pontcalec.

El verdugo no comprendió la causa de aquel murmullo; puso la cabeza de Gastón en el cuarto ángulo que estaba desocupado, y empujando con el pie el cuerpo hacia la carreta en donde se hallaban los de sus tres amigos, se apoyó sobre su larga espalda, y en voz alta gritó:

— ¡ La justicia esta cumplida!

— ¡ Pues y yo! gritó una voz atronadora, ¡ y yo! ¿ soy olvidado por desgracia?

Y Pontcalec se lanzó á su vez sobre el cadalso.

— ¡ Vos! exclamó Elmar, retrocediendo como si hubiese visto aparecer un fantasma; ¡ vos! ¡ quién sois vos!

— Yo, soy Pontcalec; vamos, aquí me tienes; estoy dispuesto.

— Pero, replicó trémulo el verdugo y mirando sucesivamente los cuatro ángulos del tablado; pero, yo tengo ya mis cuatro cabezas.

— Yo soy el barón de Pontcalec, ¿ entiendes? el último que debe morir; heme aquí.

— ¡ Contad! repuso Elmar, tan pálido como el

barón, señalándole con la punta de su espada los cuatro ángulos del cadalso.

— ¡ Cuatro cabezas! exclamó Pontcalec, ¡ oh! es imposible!

Á los pocos instantes, en una de las cuatro Pontcalec reconoció la hermosa y pálida fisonomía de Gastón, que hasta en la muerte parecía sonreirse todavía.

Á su vez también retrocedió de espanto.

— ¡ Oh! ¡ matadme pronto! exclamó impaciente y lanzando dolorosos gemidos; ¿ queréis hacerme morir mil veces?

Durante este intervalo, uno de los comisarios había subido la escalera del patíbulo, llamado por el ejecutor en jefe.

Dirigió una rápida mirada al reo, y dijo:

— En efecto, este caballero es el barón de Pontcalec; por lo tanto, haced vuestro deber.

— ¿ Mas, no veis ya las cuatro cabezas? replicó el verdugo.

— No importa; con esta serán cinco: lo que abunda no daña.

Elmar se tambaleaba sobre el tablado; el rumor iba en aumento. Semejante espectáculo se hacía cada vez más horroroso, y el pueblo no podía soportarlo. Un prolongado murmullo corrió por todos los ámbitos de la plaza; las luces se apagaron; los soldados rechazados por doquier gritaban á las armas; por último, hubo un instante de ruido y

confusión, durante el cual se oyeron desaforadas voces de : « ¡ Mueran los comisarios ! ¡ mueran los verdugos ! »

Entonces los cañones del fuerte, cargados de metralla, inclinaron sus mortíferas bocas hacia el pueblo.

— ¿ Qué haré ? dijo Elmar.

— ¡ Herid ! respondió la misma voz de antes.

Pontcalec se arrodilló : los ayudantes colocaron su cabeza sobre el tajo. En aquel terrible momento, los sacerdotes horrorizados huyeron ; los soldados temblaron en la oscuridad, y Elmar hirió volviendo los ojos para no ver á la víctima.

Diez minutos después, la plaza se hallaba desierta y las ventanas cerradas, sin que brillase al través de ellas una sola luz. La artillería y la infantería veíase acampada al rededor del patíbulo demolido, y contemplaban en silencio las grandes manchas de sangre que enrojecían el pavimento.

Los religiosos á quienes entregaron los cuerpos, reconocieron con espanto que había efectivamente, según dijo Elmar, cinco cadáveres en vez de cuatro. Uno de ellos conservaba aun en la mano un papel estrujado. Este papel era el perdón para sus compañeros.

Entonces, todo pudo explicarse fácilmente, siendo adivinado el noble sacrificio de Gastón.

Los religiosos quisieron celebrar una misa ; mas el presidente Chateauneuf, que temía alguna revuel-

ta, mandó que se verificase sin ruido y sin pompa.

Los cuerpos de los ajusticiados fueron sepultados el día del miércoles santo. El pueblo fué echado de la capilla en donde reposaban los mutilados cadáveres, los cuales se asegura que fueron consumidos en su mayor parte por la cal con que los cubrieron.

Así terminó el drama de Nantes.

XXXVI

Conclusión

Quince días después de los sucesos que acabamos de referir, una carroza verde, la misma que ya sabemos que llegó á París al principio de esta historia, salía por la barrera que había entrado, y emprendía el camino de París á Nantes. Una joven pálida y casi moribunda se hallaba sentada al lado de una religiosa Agustina, la cual cada vez que miraba á su compañera, arrojaba un suspiro y enjugaba una lágrima.

Un hombre á caballo estaba en observación de aquella carroza, un poco más allá de Rambouillet. Ocultábase debajo de una gran capa y no se le veían más que los ojos.

Junto á él hallábase otro individuo embozado de la misma manera.

Cuando pasó el carruaje, arrojó un profundo suspiro, y dos lágrimas silenciosas se deslizaron por sus mejillas.

— ¡ Adiós! murmuró, ¡ adiós, toda mi alegría;

adiós, toda mi dicha; adiós, Elena; adiós, hija mía!

— Monseñor, dijo el hombre que estaba á su lado, cuesta bastante el ser un gran príncipe, y el que quiere mandar á los demás es preciso primeramente que se venza á sí mismo. Tened valor hasta el fin, monseñor, y la posteridad dirá que habéis sido grande.

— ¡ Oh! jamás os perdonaré, dijo el regente suspirando; porque me habéis cubierto eternamente de luto, haciéndome desgraciado para siempre.

— ¡ Pues bien! entonces trabajad para los reyes, dijo encogiéndose de hombros el acompañante del afligido duque: *Noli fidere principibus terræ nec filiis eorum.*

Los dos individuos permanecieron en aquel sitio hasta que el carruaje hubo desaparecido; luego tomaron el camino de París.

Trascurridos ocho días, la carroza entraba bajo el pórtico de las Agustinas de Clisson. Á su llegada todo el convento se apresuró á visitar á la infortunada viajera; ¡ pobre flor, agostada por las tempestades del mundo!

— Venid, hija mía, ¿ venís á vivir en nuestra compañía?

— ¿ Á vivir, madre mía? ¡ Oh! no, ¡ vengo solamente á morir!

— No penséis más que en el Señor, hija mía, dijo la buena abadesa.

— Si, madre mía, en el Señor, que ha muerto para redimir á los hombres, ¿no es verdad?

La superiora la recibió en sus brazos sin hacerle más preguntas; estaba acostumbrada á ver pasar los sufrimientos de la tierra y á compadecerse de ellos, sin inquirir su causa.

Elena recobró su reducida celda, de la cual habia permanecido ausente apenas un mes; todo se hallaba del mismo modo que lo habia dejado. Lo primero que hizo fué dirigirse á la reja. El lago dormía tranquilo y melancólico; solo el hielo que le cubría habia desaparecido con las lluvias juntamente con la nieve, sobre la cual poco antes de marchar á Paris habia visto la infortunada impresas las pisadas de Gastón.

Llegada la primavera, todo renace, á excepción de Elena. Los árboles que rodean el pequeño lago recobran su primitivo verdor; las anchas hojas de ninfas flotan aun en la superficie del agua, las cañas se levantan, y la colonia de aves nómadas vuelve á fabricar sus nidos en aquellos deliciosos sitios. La verja únicamente se abría para dar paso al jardinero.

Elena se sostuvo todo el verano; mas al entrar en el mes de septiembre empezó á decaer de tal modo, que por último dejó de existir.

En la misma mañana que su triste vida se desató

de los lazos que la ligaban, la superiora recibió una carta de Paris por medio de un correo. Esta carta iba dirigida á la misma y sólo contenia estas palabras:

— ¡Madre, obtened de vuestra hija el perdón para el regente!

La abadesa leyó la carta á Elena, la cual se estremeció al oír el nombre del regente. Sin embargo, rogada por la superiora, respondió:

— ¡Si, madre mía, le perdono! mas es porque voy á reunirme con aquel á quien ha quitado la vida.

Á las cuatro de la tarde exhaló el último suspiro.

Pidió ser sepultada en el sitio mismo en que Gastón desataba la barquilla con la cual iba á verla.

Sus postreras súplicas fueron oídas.